

*En los linderos de mi gobierno, sin  
embargo, había una zona inexplorada  
que siempre despertó mi codicia.  
Varias veces había llegado  
hasta sus inmediaciones, pero...*

Julio Ramón Ribeyro  
Por las azoteas, *La palabra del mudo*

# LOS AMORES TARDÍOS

**L**A JOVEN aguardó hasta el descanso del segundo acto, cuando la mayoría de los espectadores acuden a los baños o se relajan en el ambigú. Con esta postrera decisión salvó algunas vidas, puesto que precipitarse hacia el patio de butacas unos minutos antes hubiese contribuido a que su suicidio derivase en una carnicería. La función no fue suspendida. Unos sayones del regidor concurrieron sin demora para gritar que a la difunta aún le palpitaba, si bien débilmente, el corazón. La desplazaron en volandas ensangrentada hacia la salida y dos nerviosas limpiadoras intentaron zanjar el asunto con refriegas de amoníaco y ambientador a lavanda. A los asisten-

tes afectados en sus localidades, entre seis y siete, les instalaron en un palco en el primer anfiteatro, donde dispusieron de bebidas refrescantes, frutos secos y snacks bajos en sal. No se originaron protestas. Resonaron los tres timbrazos de atención y regresaron a sus quehaceres los músicos jaraneros de la orquestina y un declamador atlético que fueron holgadamente aplaudidos, junto al resto del cuerpo actoral, cuando el telón grana anunció el fin de fiesta. Los policías, que más tarde interrogaron a la madre y al hermano de la extinta, concluyeron en el atestado que "la interesada, de veintinueve, sufría episodios neuróticos desde hacía un par de años cada vez más intensos y frecuentes en el tiempo y que entre sus medicamentos figuraban ansiolíticos y antidepresivos".

Caso cerrado sin abrir.

Dobló el diario por la página de sucesos locales. Había vinculado las notas necesarias.

Un párrafo extenso. Abrió la puerta de zinc y no la cerró con llave. Regresaría a la mayor brevedad. Descendió por los peldaños de cuerda y deambuló por la azotea alta fustigándose infantilmente la cara una vez con la ropa tendida. Le beneficiaba el contacto con la humedad de las telas, puesto que aminoraba la tensión de sus mejillas. En la azotea baja se entretuvo en arrancar de cuajo varias bolsas de pastor. Las desterró de los macetones de las buganvillas y las alojó al fondo de un cubo húmedo. Por la noche Irma haría unas tortillas con ellas, tras regresar del turno de farmacia. Octubre, benigno y pródigo, había resucitado los jazmines cansados del verano. Frotó sus manos en la mejorana. Palpó la tierra áspera del hibisco amarillo y se apercibió de la falta de agua. Esa sequedad pétrea significaba, al menos, quince días sin riego. Subió los cinco escalones hasta la zona superior y comenzó a desenrollar la manguera trans-